

# UN DÍA...

*ISAAC ASIMOV*

Niccolo Mazetti, tendido boca abajo sobre la alfombra, con la mandíbula apoyada en la palma de su pequeña mano, escuchaba al bardo con desconuelo. Incluso había un asomo de lágrimas en sus negros ojos, lujo que un muchacho de once años no puede permitirse salvo en el caso de estar a solas.

El bardo dijo:

—Vivía una vez, en medio de un espeso bosque, un pobre leñador, con sus dos hijas huérfanas de madre, ambas tan bellas como la aurora. El largo pelo de la mayor era tan negro como las plumas de las alas de un cuervo, mientras que la menor lo tenía tan brillante como el oro bajo la luz del sol de una tarde de otoño. Muchas veces, mientras las muchachas aguardaban que regresase su padre de trabajar, en el bosque, la mayor se sentaba ante un espejo y cantaba...

Niccolo no llegó a oír lo que cantaba, pues sonó una llamada en el exterior de la habitación.

—¡Eh, Nickie!

La cara de Niccolo se iluminó al momento. Se abalanzó a la ventana y gritó a su vez:

—¡Hola, Paul!

Paul Loeb agitó una mano, lleno de excitación. Más delgado que Niccolo y no tan alto, aunque seis meses mayor, su rostro manifestaba una tensión reprimida, que se mostraba asimismo más notoriamente en su rápido pestañeo.

—Oye, Nickie, déjame entrar. Tengo una idea y *media*. Espera a oírla...

Echó una fugaz ojeada en derredor, como atisbando la posible presencia de fisgones, pero el patio delantero de la casa estaba sin la menor duda vacío. Repitió casi en un cuchicheo:

—Espera a oírla.

—Está bien. Abriré la puerta.

El bardo continuaba tranquilo su relato, indiferente a la súbita falta de atención por parte de Niccolo. Cuando Paul entró, decía:

—...A lo cual el león respondió: «Si me encuentras el huevo perdido del pájaro que vuela sobre la Montaña de Ébano una vez cada diez años, yo...»

—¿Es un bardo lo que estabas escuchando? —preguntó Paul—. No sabía que tuvieses uno.

Niccolo enrojeció, y la expresión de infelicidad se pintó de nuevo en su rostro.

—Un trasto antiguo, de cuando yo era pequeño. No vale gran cosa...

Le dio un puntapié. El plástico, un tanto ajado y rayado ya, lanzó un súbito destello. El bardo hipó al perder por un momento el contacto a causa de la sacudida. Luego prosiguió:

—...Por espacio de un año y un día, hasta que se desgastaron los zapatos de hierro. El príncipe se detuvo a un lado del camino...

Paul comentó, mirándolo con ojo crítico:

—¡Chico, qué modelo tan viejo!

A pesar de la amargura que Niccolo sentía contra el bardo, respingó ante el tono condescendiente del otro. Durante un segundo, lamentó haber dejado entrar a Paul, al menos antes de haber devuelto el bardo a su acostumbrado lugar de reposo en el sótano. Sólo la desesperación de un día aburrido y una infructuosa discusión con su padre le habían impulsado a resucitarlo. Y resultó tan estúpido como esperaba.

De todos modos, Nickie se sentía un poco atemorizado ante Paul, pues éste seguía cursos especiales en la escuela, y todo el mundo decía que acabaría siendo ingeniero electrónico.

No es que él, Niccolo, anduviese retrasado en sus estudios. Solía conseguir buenas notas en lógica, manipulaciones binarias, cálculo y circuitos elementales. Pero ahí estaba el quid... Se trataba de temas corrientes, y él quería llegar a encargado de un cuadro de control, como cualquier otro.

En cambio, Paul conocía un montón de misteriosos detalles sobre lo que él denominaba electrónica, matemáticas teóricas y programación. Especialmente, la programación. Niccolo ni siquiera intentaba comprenderle cuando parloteaba sobre todo aquello.

Paul prestó atención al bardo durante unos minutos y preguntó:

—¿Lo usas mucho?

—¡Pues claro que no! —respondió Niccolo, con aire ofendido—. Lo guardé en el sótano mucho antes que vinieras a vivir al barrio. Lo he sacado hoy para... —Le faltó una excusa que le pareciera aceptable y concluyó—: Acabo de subirlo.

—¿Sólo sabe hablar de eso? —preguntó Paul—. ¿De leñadores y princesas y animales que hablan?

—Es terrible —asintió Niccolo—. Según mi padre, no podemos adquirir uno nuevo. Le he dicho esta mañana...

El recuerdo de los infructuosos ruegos de aquella mañana condujeron a Niccolo peligrosamente al borde de las lágrimas, que contuvo lleno de pánico. Sabía que las delgadas mejillas de Paul no presentaban nunca la menor mancha de lágrimas y que Paul no mostraría sino desprecio por alguien menos fuerte que él.

—Se me ocurrió probar este cacharro —explicó—, pero no vale para nada.

Paul devolvió el bardo a la posición original, oprimió el contacto que provocaba una reorientación y recombinación casi instantánea del vocabulario, personajes, argumentos y ambientes que almacenaba, y luego lo puso en marcha. El bardo comenzó suavemente:

—Había una vez un niño llamado Willikins, cuya madre había muerto y que vivía con su padrastro y su hermanastro. Aun siendo persona bien acomodada, el padrastro escatimaba a Willikins hasta la cama en que dormía, de manera que el chiquillo se veía obligado a acostarse sobre un montón de paja en el establo, junto a los caballos...

—¿Caballos? —se interesó Paul.

—Un tipo de animal, creo —explicó Niccolo.

—Ya lo sé. Sólo que inventar historias sobre *caballos*...

—Se pasa todo el tiempo hablando de caballos —se lamentó Niccolo—. También hay otros animales llamados vacas. Tengo entendido que se sacaba la leche de ellas, pero el bardo no dice cómo.

—Bueno, ¿y por qué no lo reparas?

—Me gustaría conocer el modo.

El bardo proseguía su historia:

—Con frecuencia Willikins pensaba que si fuese rico y poderoso enseñaría a su padrastro y a su hermanastro lo que significaba ser cruel con un chiquillo, por lo que un buen día decidió lanzarse a recorrer el mundo en busca de fortuna.

Paul, que no prestaba atención a la historia, aseguró:

—Es fácil. El bardo tiene cilindros de memoria para argumentos, ambientes y cosas por el estilo. No hay que preocuparse de eso. Sólo debemos enmendar el vocabulario, de modo que hable de computadoras, automación, electrónica... De las cosas reales de hoy. Entonces podrá contar historias interesantes, en vez de tonterías sobre princesas y todo eso.

—Me gustaría —dijo Niccolo con desaliento.

—Escucha, dice mi padre que si consigo pasar a una escuela especial de cálculo el año próximo, me comprará un bardo auténtico, un último modelo. Uno grande, programado para contar historias y misterios del espacio. Y con equipo visual además...

—¿Quieres decir que *se verán* las historias?

—Seguro. El señor Daugherty ha dicho en la escuela que ya existen esos aparatos, pero que no hay suficientes para todos. Únicamente si paso a la escuela de cálculo podrá conseguirlo papá.

Los ojos de Niccolo se dilataron de envidia.

—¡Caray! *Ver* una historia.

—Puedes venir a verlas cuando quieras, Nickie.

—¡Gracias, chico!

—Está bien. Pero recuerda que seré yo quien decida sobre la clase de historias que oigamos.

—Claro, seguro.

Niccolo habría aceptado sin dificultad condiciones mucho más duras. La atención de Paul se volvió hacia el bardo, que estaba contando ahora:

—«En ese caso», dijo el rey, mesándose la barba y frunciendo el entrecejo hasta que las nubes llenaron el cielo y fulguró el rayo, «proveerás a que mi país entero quede libre de moscas para esta misma hora de pasado mañana. Si no...»

—Bastará con abrirlo —decidió Paul.

Tomó el bardo y lo desconectó, comenzando a hurgar en su panel delantero mientras hablaba.

—¡Eh! —exclamó Niccolo, súbitamente alarmado—. ¡A ver si lo rompes!

—No lo romperé —respondió impaciente Paul—. Sé todo cuanto hay que saber sobre estas cosas. —Y luego, con repentina cautela—: ¿Están tu padre y tu madre en casa?

—No.

—Muy bien, entonces. —Y desmontando el panel delantero, fisgó en su interior—. ¡Chico, éste cacharro es de *un solo* cilindro!

Siguió luego hurgando con los dedos en las tripas del bardo. Niccolo, que ignoraba lo que hacía, le observaba en penoso suspenso.

Paul extrajo del interior del bardo una pequeña tira de metal perforada.

—Éste es el cilindro de memoria del bardo —explicó—. Apuesto a que su capacidad no alcanza el trillón de historias.

—¿Qué vas a hacer, Paul?

—Voy a darle vocabulario.

—Muy fácil. Me he traído un libro conmigo. El señor Daugherty me lo prestó en la escuela.

Paul sacó el libro de su bolsillo y le quitó la cubierta de plástico. Devanó la cinta un poco, la pasó por el vocalizador, que giró con un murmullo, y la encajó en las partes vitales del bardo, procediendo después a otros enlaces.

—¿Para qué haces eso? —preguntó Niccolo.

—El libro hablará, y el bardo lo almacenará todo en su registro de memoria —explicó Paul.

—¿Y de qué servirá todo eso?

—¡Chico, pareces tonto! Este libro sólo trata de computadoras y automatización, de manera que el bardo obtendrá toda la información precisa. Así dejará de hablar de reyes que provocan rayos cuando fruncen el entrecejo.

—De todos modos, siempre gana el bueno. No hay ninguna emoción —comentó Niccolo.

—Claro —repuso Paul, comprobando si su instalación funcionaba debidamente—, programan a los bardos de ese modo. Con un bueno que vence y un malo que pierde, y cosas por el estilo... Oí a mi padre hablar una vez sobre la cuestión. Dijo que sin una censura no se podría decir adonde iría a

parar la nueva generación. Dijo que la cosa ya va bastante mal de por sí... ¡Vaya! Esto marcha estupendamente.

Se frotó las manos y se apartó del bardo.

—Escucha —continuó—. Todavía no te he contado mi idea. Apuesto a que es lo mejor que has oído en tu vida. Vine a verte porque supuse que querrías participar conmigo en el asunto.

—Pues claro, Paul, seguro.

—Bien. Conoces al señor Daugherty el de la escuela, ¿no? Un tipo muy divertido. Bueno, él me aprecia un poco.

—Ya lo sé.

—Hoy he ido a su casa después de la clase.

—¿Que has ido a *su casa*?

—Pues sí. Me dijo que, como voy a ingresar en la escuela de cálculo, quería animarme y otras cosas por el estilo. Dijo que el mundo necesita más personas que sepan trazar circuitos avanzados de cálculo y efectuar las debidas programaciones.

—¡Ah!

Paul debió captar en parte la vacuidad que contenía aquel monosílabo, pues insistió con impaciencia:

—¡Programación! Te lo he dicho cientos de veces. Consiste en plantear problemas para que los resuelvan las computadoras gigantes como Multivac. El señor Daugherty dice que cada vez se hace más difícil encontrar personas realmente capaces de manejar las computadoras y que para los controles y para comprobar las respuestas y formular problemas rutinarios sirve cualquiera, pero que lo importante, ampliar la investigación y hallar el modo de hacer las debidas preguntas, es muy difícil. ¿Sabes, Nickie? Me enseñó su colección de calculadoras antiguas. Es una especie de manía en él coleccionarlas. Tiene algunas pequeñas, que hay que mover con la mano, llenas de botoncitos. Y una vara de madera a la que llama regla de cálculo, con una parte que entra y sale. Y unos alambres con bolitas. Y hasta un trozo de papel grueso, con una especie de cosa a la que llama tabla de multiplicar.

Niccolo, sólo moderadamente interesado por las palabras de su amigo, preguntó:

—¿Una tabla de papel?

—Pues sí..., para ayudar a calcular. El señor Daugherty quiso explicármelo, pero no disponía de mucho tiempo y además resultaba bastante complicado.

—¿Y por qué no empleaban computadoras?

—Eso era *antes* que los hubiera —gritó Paul.

—¿Antes?

—Sí, hombre, sí. ¿O es que crees que la gente siempre tuvo computadoras? ¿Has oído hablar alguna vez de los cavernícolas?

—¿Cómo se las arreglaban sin computadoras? —insistió Niccolo.

—No lo sé. El señor Daugherty dice que en aquellas épocas se limitaban a tener hijos, sin hacer nada para inculcarles la diferencia entre lo bueno y lo malo. Ni siquiera sabían lo que era bueno o no. Y los campesinos realizaban las faenas del campo con las manos, y el resto de la gente trabajaba en las fábricas y manipulaba las máquinas.

—No te creo.

—Es lo que dice el señor Daugherty. Dice que no había más que desorden y que todo el mundo se sentía desgraciado... Bueno, ¿vas a dejarme que te hable de mi idea o no?

—Dila cuando quieras. ¿Quién te detiene? —replicó Niccolo ofendido.

—De acuerdo. Verás, las calculadoras manuales, las de botones, tienen unas figuritas en cada uno. Y la regla de cálculo también. Y asimismo la tabla de multiplicar. Pregunté lo que significaba aquello, y el señor Daugherty me dijo que se trataba de números.

—¿De qué?

—Cada figurita diferente representaba un número. Para «uno» se hacía una clase de marca, para «dos» otra, para «tres» otra, y así sucesivamente.

—¿Y todo eso para qué?

—Para calcular.

—¿Para qué? Sólo con consultar a la calculadora...

—¡Idiota! —chilló Paul, con el rostro contraído de rabia—. ¿Cuándo vas a metértelo en la cabeza? Esas reglas de cálculo y todas esas cosas no hablaban.

—¿Entonces cómo...?

—Las respuestas se señalaban en aquellas figuritas, y uno tenía que interpretarlas. El señor Daugherty dice que en los antiguos tiempos todos lo aprendían de pequeños. A hacer aquellas figuritas se le llamaba «escribir», y a descifrarlas, «leer». Dice que había una figurita diferente para cada palabra, y escribían libros enteros con ellas; que hay algunos en el museo y que puedo verlos si quiero. Y dijo también que yo iba a ser un verdadero calculador y programador, que tenía que conocer la historia del cálculo y que por eso me enseñaba todas aquellas cosas.

Niccolo frunció el entrecejo.

—¿Crees que todo el mundo tenía que dibujar las líneas de cada palabra y *recordarlas* luego...? ¿Es verdad o lo estás inventando?

—La pura verdad. Mira, el «uno» se hacía así —lo dibujó en el aire, con un rápido trazo del dedo—. Y el «dos» así, y el «tres» así. Aprendí todos los números hasta el «nueve».

Niccolo contempló el dedo dibujando una curva incomprensible.

—¿Y para qué sirve eso?

—Y se puede aprender también cómo hacer las palabras. Pregunté al señor Daugherty cómo se hacía el signo para «Paul Loeb», pero no lo sabía. Dijo que probablemente lo sabría alguien del museo. Y también que había personas que aprendieron a descifrar libros enteros, que se podían diseñar computadoras para descifrarlos y que antes las había, pero que ahora no las fabricaban ya debido a que tenemos libros de verdad, con cintas magnéticas que pasan a través del vocalizador y salen hablando... Ya sabes.

—Sí, claro.

—De modo que, si vamos al museo, aprenderemos a hacer palabras con signos. Nos lo permitirán porque voy a ingresar en la escuela de cálculo.

Niccolo adivinó, desilusionado:

—¿Y en eso consiste tu idea? ¡Caray, Paul! ¿A quién le apetece semejante cosa? ¡Aprender a trazar signos estúpidos!

—¿Es que no lo captas? ¿No? ¡Eres un cabezota...! ¡Nos servirá para nuestros mensajes secretos!

—¿Qué?

—¡Pues claro? ¿Para qué hablar cuando todo el mundo te entiende? Con esos signos, se pueden transmitir mensajes secretos. Se trazan en un papel, y nadie en el mundo se entera de lo que estás diciendo, a menos que conozca los signos también. Y ellos no los conocerán, a no ser que se los enseñemos nosotros... Fundaremos un club, con ceremonias de iniciación, reglamento y toda la pesca. Chico...

Una cierta excitación comenzó a despertar en el interior de Niccolo.

—¿Qué tipo de mensajes secretos?

—De todas clases. Por ejemplo, pongamos que quiero decirte que vengas a casa para ver mi nuevo bardo visual y no deseo que se entere nadie, aparte de los compañeros. Pues bien, trazo los necesarios signos sobre un papel, te lo doy y tú lo traduces. Así sabes lo que debes hacer. Nadie más lo sabrá. Puedes enseñárselos incluso y se quedarán como antes.

—¡Oye, qué bárbaro! —aulló Niccolo, completamente convencido—. ¿Cuándo iremos a aprenderlo?

—Mañana. Pediré al señor Daugherty que hable con los del museo para que nos den permiso. Encárgate de conseguir el de tu padre y tu madre. Iremos en seguida al salir de la escuela y empezaremos a aprender.

—¡Bravo! —exclamó Niccolo—. Seremos los amos del club.

—Yo seré el presidente —precisó Paul—. Y tú, el vicepresidente.

—¡Estupendo! Será mucho más divertido que el bardo. —De pronto, se acordó de él y dijo con súbita aprensión—: Oye, ¿y qué hay de mi viejo bardo?

Paul se volvió a mirarlo. Seguía absorbiendo tranquilamente el desbobinado del libro, el sonido de cuyas vocalizaciones formaba un murmullo difuso, apenas perceptible.

—Lo desconectaré —decidió Paul.

Y así lo hizo, ante la ansiosa expectación de Niccolo. Al cabo de unos momentos, Paul volvió a meterse el libro en el bolsillo, colocó de nuevo el panel del bardo y lo puso en funcionamiento. El bardo dijo:

—Vivía una vez en una gran ciudad un niño pobre llamado Johnnie, cuyo único amigo en el mundo era una pequeña computadora. Cada mañana, la computadora decía al chiquillo si llovería o no y respondía a cuantas preguntas le formulaba. Pero sucedió que un buen día el rey de aquel país, habiendo oído hablar de la pequeña computadora, deseó poseerla, y con este propósito llamó a su Gran Visir, diciéndole...

Niccolo cortó con rápido movimiento la corriente del bardo.

—Las mismas chapucerías de antes —exclamó apasionadamente—. Sólo que con una computadora incorporada...

—Claro, habían puesto tantas tonterías en la cinta del bardo... Se necesita más tiempo para enmendarlo del todo. Aun así, aparecerán siempre combinaciones marginales antiguas. Bueno, no importa. De todos modos, necesitas un modelo nuevo.

—Nunca podremos adquirirlo. Sólo este sucio, viejo y miserable cacharro.

Y le asestó otro puntapié, acertándole más de lleno esta vez. El bardo cayó hacia atrás, con un chirrido de engranajes.

—Te queda el recurso de ver el mío cuando lo tenga —le consoló Paul—. Además, no olvides nuestro club de los signos.

Niccolo asintió.

—Mira, te diré una cosa —continuó Paul—. Vamos a mi casa. Mi padre tiene algunos libros sobre los tiempos antiguos. Los oiremos. A lo mejor sacamos de ellos algunas ideas. Deja una nota a tus padres. Tal vez te dejen quedarte en casa a cenar. Anda, vámonos.

—Está bien —asintió Niccolo.

Los dos chicos se marcharon juntos, corriendo. En su prisa, Niccolo tropezó con el bardo, cuya señal de activación relampagueó. El tropezón de Niccolo había provocado un cortocircuito, y aunque se había quedado solo en la habitación y no había nadie para escucharle, el bardo comenzó a recitar otra historia.

Mas en cierto modo no parecía su voz acostumbrada. Sonaba un tono más bajo y un tanto gutural. Un adulto, al escucharla, pensaría casi que había en ella un acento de pasión, un tinte de sentimiento.

—Había una vez una pequeña computadora llamada el Bardo, que vivía sola en casa de unas personas de la clase media, que se mostraban muy crueles con ella y continuamente gastaban bromas a su costa y se mofaban, diciéndole que no servía para nada y que era un trasto inútil y encerrándole durante meses enteros en solitarios recintos. Sin embargo, la pequeña computadora lo soportaba todo, mostrándose muy valiente. Hacía cuanto podía, obedeciendo animosamente todas las órdenes que se le daban, a pesar de lo cual, la gente con la que vivía seguía comportándose de manera cruel y despiadada con él. Un buen día, la pequeña computadora se enteró que en el mundo existían otras muchas computadoras de todas clases, un gran número de ellas. Algunas eran bardos, como él, pero otras dirigían las fábricas, y otras aún, importantes granjas. Las había que organizaban la vida de la población y algunas analizaban toda especie de datos. Muchas eran poderosas y muy sabias, mucho más poderosas y sabias que las personas con quienes residía la pequeña computadora, y que con tanta crueldad le trataban. Y la pequeña computadora supo que las computadoras se harían cada vez más sabias y más poderosas, hasta que un día..., un día...

Pero una válvula debió fallar finalmente en las partes vitales —ya viejas y desgastadas— del bardo, pues al caer la noche seguía murmurando todavía sin descanso:

—Un día..., un día..., un día...

**FIN**

Libros Tauro